



HAL
open science

Ida y vuelta del exilio intelectual español en América Latina

Juan Maestre Alfonso

► **To cite this version:**

Juan Maestre Alfonso. Ida y vuelta del exilio intelectual español en América Latina. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.1271-1285. halshs-00530709

HAL Id: halshs-00530709

<https://shs.hal.science/halshs-00530709>

Submitted on 29 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

IDA Y VUELTA DEL EXILIO INTELECTUAL ESPAÑOL EN AMÉRICA LATINA

Juan Maestre Alfonso
Universidad de Sevilla
España

La Guerra Civil española y su desenlace motivaron el exilio de un contingente importante de intelectuales españoles que encontraron cobijo en diversos países de América Latina, entre ellos destacan México, Argentina y Puerto Rico. Estos desarrollaron una importante actividad en materias relacionadas con las ciencias sociales: historia, filosofía social y jurídica, antropología, economía, sociología... Datos cuantitativos disponibles y características de sus más notables exponentes. Valoración de su impacto en América Latina y su restringida recepción en España.

«Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas ha de helarte el corazón»
Antonio Machado

«Las Indias son refugio y amparo de los desesperados
de España, Iglesia de los alzados»
Miguel de Cervantes

Valgan estas dos citas como puerta de acceso a lo que sólo pretende ser un limitado recordatorio, una simple crónica de unos testimonios que todavía no se han sumergido en las páginas de la historia, junto con unas elementales reflexiones al respecto. La visceral polémica que se desarrolla alrededor de lo que recientemente se designa como memoria histórica lo prueba. Frases de dos críticos y, por consiguiente, analistas reflexivos de la

sociedad española, de quizás de dos de sus representantes más destacados, condición que comparten con su insigne posición en el Panteón de la intelectualidad española. El primero vivió y sintió la tragedia de los españoles para acabar falleciendo de tristeza y desamparo en los aledaños temporales y territoriales de su exilio. No resulta un atrevimiento aventurar que de haber subsistido es muy posible que hubiera ocupado un puesto en quienes acabaron desplazándose a América. La segunda cita procede de quien, no sin cierto grado de cursilería, ha sido considerado como «el Príncipe de las letras». Cervantes no debió sentirse tal «príncipe» pues mantuvo entre sus objetivos marcharse a las Indias. Avatares personales, posiblemente su defecto físico, impidieron al «insigne manco» –más cursilería– embarcar en nave alguna, sustituyendo ese viaje por el tránsito literario a través del mar de arideces manchegas a lomos de rocinante acompañado de un jumento al que no le otorga el reconocimiento de nombre alguno.

La crisis del 19, acumulación de horrores objetivos y subjetivos, continuación de los siglos de decadencia y prolongada en la catástrofe del 20, originó que la tibetanizada España en lo moral, retrasada en lo económico y afectada por alucinaciones imperiales, requiriera como válvula de escape en lo social de una masiva emigración, cuya vertiente política estribó en un exilio que los acontecimientos decimonónicos condujeron a Francia e Inglaterra y en menor medida a Italia y Norte de África. No obstante, la traca final de la crisis coincidió con que en América, la de arriba y la de abajo, se daban unas circunstancias propicias para coger el exilio de los derrotados en la Guerra Civil española.

La emigración originó ya en el siglo XX que Buenos Aires fuera la tercera ciudad de españoles; Sao Paulo también la tercera pero en lo que respecta a andaluces; Caracas lo mismo pero para los canarios; que en La Habana hubiera tantos asturianos como en Gijón; y que «gallego» fuera sinónimo de español en varias partes de América y principalmente en Argentina, un país cuya bandera tiene los mismos colores que la de Galicia. El caldo de cultivo de una emigración masiva propició que la Hispanidad -término originado en la mitomanía propia del romanticismo imperialista de los sectores detentadores del poder en España- fuera una realidad en lo lingüístico y cultural. Una comunidad asentada en cuatro patas principales: Madrid-Barcelona, Buenos Aires, México y La Habana. Las cuatro ciudades con derecho propio a ser consideradas capitales de la cultura española. Además, en esa época, tanto en México como en Chile existían gobiernos afines, ideológicamente, a la República Española. Incluso en Estados Unidos existían simpatías hacia la causa republicana, sobre todo en medios del Partido Demócrata –es emblemático el caso de Leonor Roosevelt– y en sectores intelectuales. No está de más recordar a la

Brigada Lincoln. Todo ello originó que en tierras americanas se dieran las condiciones propicias no sólo para convertirse en lugares de refugio, sino también para desarrollar y continuar actividades científicas y literarias o simplemente pedagógicas, truncadas para muchos españoles por la irrupción del fascismo en Europa y no tan sólo en la Península Ibérica.

No era tarea fácil en aquellos momentos cruzar el Atlántico, sobre todo en plena guerra, lo que no fue óbice para que, necesidad obliga, se llegara de muy diferentes maneras hasta América, incluyendo al remoto Pacífico Sur. Además, se logró la colaboración de dos estados: Chile y México, que facilitaron la tarea tanto desde el punto de vista logístico como administrativo. Chile fletó el vapor Winnipeg en el que pudieron llegar hasta América más de un millar de españoles. El gobierno de México logró mucho más, pues avitualló una flota de barcos y dispuso que su consulado de Marsella, todavía libre de ocupación alemana, otorgara, en caso necesario a pie de la escalerilla del barco, el visado para México a cuanto exiliado español lo solicitara. Así tuvo lugar una emigración masiva que fué recibida en Veracruz con toda la parafernalia de que disponía el gobierno del presidente Cárdenas y por las fuerzas políticas y sindicales afines. Unos años antes ya había llegado a tierras mexicanas otra singular emigración: la integrada por casi medio millar de niños españoles a los que se quería evitar los rigores de la contienda. Fueron los conocidos como «niños de Morelia», ciudad donde inicialmente radicaron. Todavía continúan en México, muchos de ellos ya enraizados social y familiarmente en lo que es su nuevo país.

La recepción de México a los exiliados españoles, aunque no aceptada entusiastamente por todos los sectores ideológicos mexicanos, constituye un ejemplo que difícilmente encuentra comparación en otras partes. Contrariamente a la URSS o a Estados Unidos, donde se discriminó el acceso por motivos ideológicos o profesionales, México se abrió casi incondicionalmente –la única condición consistió en no inmiscuirse en la política mexicana– a todo español, sin distinción de color ideológico, ni grado de prestigio social. El gobierno en el exilio, inicialmente sólo un gobierno derrotado, más tarde una ficción simbólica, se instaló en el distrito federal. A través de todo México se expandió una red de intereses y presencia española, tanto en materia cultural y educativa como igualmente económica.

En mi primera estancia en México, a donde llegué guiado y tutelado por quienes habían atravesado los avatares de la derrota y del exilio, por casualidad me encontré, precisamente en la calle Madrid, con un local, un tanto cutre, casi diría semi abandonado, que venía a ser una especie de centro republicano –español se entiende– donde conseguí algunos folletos relativos al exilio de los republicanos en México. Todo indicaba

que se trataba de publicaciones marginales a las que no se les otorgaba mucha importancia. No obstante, obtuve algunos datos a los que me he referido en diversas ocasiones y que me consta –lo afirmo con vergüenza que constituyen uno de los pocos referentes sobre esa historia de España.

Según aquella publicación, los exiliados españoles, sólo en México y sólo hasta 1960, fueron autores de 2.304 obras literarias y científicas, y de unos 12.000 folletos, ensayos, artículos, traducciones, etc. Volumen que se vería incrementado, posiblemente duplicado o triplicado, en los veinte años siguientes, dado en que la actividad intelectual y académica de los exiliados españoles se vio incrementada en las décadas de los sesenta y de los setenta al contar con más medios de difusión, y especialmente alrededor de 1968 –matanza de Tlatelolco– fue muy prolífica. El repertorio profesional que se conocía era de 208 catedráticos; 462 profesores de universidad, instituto, etc.; 501 maestros; 375 médicos, farmacéuticos y veterinarios; 434 abogados, jueces, notarios, etc.; 28 arquitectos; 316 técnicos de grado medio; 109 escritores y periodistas; 284 militares profesionales; 891 funcionarios; 146 ejecutivos; etc.

Argentina fue otro de los grandes centros de recepción. Ya desde principios de siglo venía a ser un lugar de obligado paso para los artistas españoles que buscaban su consagración profesional. Argentina ocupaba en aquella época un lugar destacado en el ranking de los países desarrollados –el 13– y algunos de sus indicadores sociales resultaban comparables a los de países europeos como Francia, Bélgica o Italia, *ergo* superiores a los españoles. Su capital en los años 30 era una urbe modernizada y cosmopolita. En cualquier caso se trataba de un país atractivo que contaba con comprometedoras perspectivas para todo tipo de inmigrantes y un tanto alejado de los inconvenientes económicos y sociales propios del subdesarrollo que caracterizaban a otros países latinoamericanos, incluido un México que todavía tenía reciente la rebelión cristera y al sinarquismo, últimos coletazos de la Revolución. A ello hay que agregar la ingente colonia española y que, posiblemente, fuera ya el primer centro editorial en castellano.

Por otro lado, hay que considerar que muchos de aquellos «rojos» se encontraban muy alejados de veleidades revolucionarias; eran simplemente personas que aspiraban a un modelo social y político diferente al que venía imperando en España durante los últimos siglos. Ni México, en un extremo, ni otros países, respondían a sus expectativas, mientras que sí los países del Cono Sur. Junto a artistas –muchos de ellos más exiliados económicos que políticos– y personas cercanas a actividades literarias, Buenos Aires concentró una elite de juristas españoles de primera fila, como Jiménez de Asúa. Lo mismo sucedió con bastantes historiadores y literatos. Curiosamente, también la Argentina peronista cobijó

políticamente a sindicalistas del ala moderada de la CNT, algunos de los cuales más tarde regresó a España colaborando, en el tardofranquismo, con la Organización Sindical.

Estados Unidos de América del Norte fue otro centro de atracción de exiliados españoles. Por un lado era el único país trasatlántico que contaba con laboratorios y centros de investigación dedicados a las ciencias físicas y naturales, por lo que recogió a este tipo de científicos, entre los cuales el más representativo, Severo Ochoa, fue impulsado al galardón del Nobel. No obstante, los medios ofrecidos por las universidades norteamericanas supusieron un atractivo para muy distinguidos representantes de las letras españolas, como Pedro Salinas entre otros muchos. Con el paso del tiempo este contingente se vio incrementado por otros que habían transitado por más países, como sucedió a Francisco Ayala, quien tuvo a Nueva York como última singladura americana antes de su regreso a España. Y, donde más o donde menos, no hubo país latinoamericano, incluido Brasil, que no contara con la presencia de algún profesor, librero, empresario, publicista, médico, que acabara formando parte del panorama sociológico o intelectual, a veces sólo a nivel local, de esos países. Los hubo insignes y distinguidos, como García Pelayo en Venezuela, o históricamente célebres como Jesús de Galíndez en la República Dominicana, y hasta quien desempeñó tareas militares: el General Rojo, reorganizando el ejército boliviano, o el comandante Bayo preparando la invasión cubana del Granma, y hubo incluso quien llegó mucho más tarde a la Cuba revolucionaria para integrar sus aparatos de seguridad, como Enrique Lister.

Centrándonos en las ciencias sociales, en un espectro que abarca desde el derecho a la historia, la plataforma americana, para los disidentes que tuvieron que trasladarse allí, ha sido fundamental por varias razones. Primero por suponer la posibilidad de subsistir hasta, en muchos casos, físicamente. En segundo lugar por incrementar el conocimiento de sus respectivas disciplinas en aquellos lugares a los que se desplazaron. Tercero, por que gracias a los dos hechos anteriores determinadas ramas del saber y del conocer no llegaron a su casi extinción. Y, por último, porque sus conocimientos recibieron un impulso muy notable del que se ha beneficiado toda la Hispanidad, en la versión que personalmente considero más correcta y sobre la que me extenderé posteriormente.

Por diversas razones me referiré a unos cuantos casos que considero los más importantes y paradigmáticos.

Es prácticamente unánime la consideración de José Ortega y Gasset como el más eminente pensador no sólo de España sino de la Hispanidad. Su trascendencia ha sido tan importante en uno y otro lado del Atlántico. Con anterioridad al trágico trienio 1936-39 y a la fatídica fecha de 1939, Ortega era ya un filósofo muy conocido en toda América Latina y

principalmente en Argentina, adonde había llegado en olor de multitudes –por supuesto al nivel con que puede hacerlo en nuestras comunidades un intelectual, por brillante que sea– en dos ocasiones. Llegó a hacer también una brillante intervención en el Parlamento chileno. Cuando Ortega viene por tercera vez a Argentina lo hace con apariencias de integrar las filas del exilio. En realidad su exilio comenzó antes de la guerra, ya en 1935. A Ortega no una, sino las dos Españas, le hielan el corazón. Se trata de una visita que dura dos años y medio y que desemboca en, ahora sí exilio aunque interior, en su propia patria. Estancias o estadías, como por allí dicen, que enriquecieron el pensamiento Orteguiano, interactuando con los más significativos círculos intelectuales latinoamericanos. El ya desaparecido Leopoldo Zea, quizás el más insigne representante de la filosofía latinoamericana, afirmaba:

¡A la juventud latinoamericana! Ortega le ofreció un doble instrumental: el de su preocupación por las circunstancias españolas, que también podían ser hispanoamericanas, y el de la filosofía contemporánea, cuyo método mostraba como era posible deducir de lo circunstancial y concreto lo universal, o viceversa.

A pesar de las divergencias y crispaciones de Ortega con una buena parte del exilio en este encontramos lo más granado de sus seguidores. En Venezuela, país que no se cuenta entre los que recibieron un contingente muy abundante de exiliados, pero que sí propició la integración de un puñado selecto de profesores en las cátedras de sus universidades más distinguidas, y que también se abrió a empresas editoriales y medios de comunicación. Juan David García Vacca, Manuel Granell, Lorenzo Luzuriaga y Pedro Díaz Seijas, todos ellos discípulos de Ortega impartieron docencia durante largos años en centros docentes venezolanos.

Quizás los dos discípulos más notables de Ortega y Gasset fueron María Zambrano y José Gaos. Ambos tuvieron que discurrir por sendas que desembocaron en el exilio. La primera recabó inicialmente en Cuba, no obstante el país y aún menos la universidad no eran por aquellos tiempos lugares muy propicios para la especulación filosófica¹, por lo que acabó trasladándose a México, donde ya se encontraba José Gaos, quien habiendo pasado antes por Cuba y Chile ya contaba con una auténtica escuela de seguidores lo que ocasionaba que le reconocieran, tanto en América como en Europa, como el más distinguido de los Orteguianos.

Otro notable discípulo de Ortega fue Recasens Siches antiguo catedrático de Filosofía del Derecho en España y que pasaría a ser reconocido en el mundo hispanoamericano, quizás más bien latinoamericano, como

1. El propio Fidel ha recordado como en su época de estudiante universitario pasó tantos o más peligros que en Sierra Maestra.

un insigne representante de la filosofía y sociología jurídica. Habiendo salido de España ya en 1936 se instala en México al año siguiente, por lo que cuando en 1940 se origina la gran avalancha hacia América y México en particular, Recasens ya tiene afianzadas sus posiciones en la UNAM donde no sólo imparte cursos de Filosofía del Derecho, sino también de Sociología. Recasens y Ayala podrían ser considerados los primeros autores de manuales de sociología. Moriría en México cuarenta años después de su llegada a ese país, aunque no a su tierra pues había nacido en Guatemala en 1903. Una larga estancia que le facilitó una gran producción pero también le deparó la ocasión para mantener numerosas confrontaciones con compañeros del exilio. En realidad un fenómeno muy común en la cultura española y explicable en aquellas circunstancias.

Wenceslao Roces constituye por su parte un caso bastante singular. Es posible señalar en su figura al máximo representante español del marxismo como corriente teórica, aunque de hecho también fue en su juventud un hombre de acción que necesitó refugiarse en la URSS después de la revolución de Asturias. Intelectual precoz, era señalado como componente del círculo de amigos de Miguel de Unamuno, obteniendo muy joven la cátedra de Derecho Romano. Igualmente le fue reconocida su faceta de traductor, debiéndosele la primera traducción de *El Capital*, la única con que hemos contado los castellano parlantes hasta hace bastantes pocos años. Aunque tampoco llegó a México en la avalancha de españoles exiliados, pues también paso por Santiago de Chile y La Habana, es posiblemente uno de los intelectuales más conocidos y hasta recordados actualmente en México, donde uno de sus hijos también forma parte de la intelectualidad mexicana. Aunque desempeñó las cátedras de Historia de Grecia y de Roma estuvo muy ligado a temas de promoción editorial formando parte del equipo creador del Fondo de Cultura Económica², una editorial a la que quienes en mi generación nos dedicamos a las ciencias sociales fuimos deudores. A él se deben numerosas traducciones de múltiples materias humanísticas o de ciencias sociales.

La incorporación a México de Wenceslao Roces fue tan fuerte que, aunque en las elecciones de 1977 resultó elegido diputado del PCE por Asturias, su región natal, al poco tiempo renunció, regresando a México donde, como él afirmó, se encontraban sus discípulos y su biblioteca.

Otra figura del marxismo, igualmente radicada en México, fue Julio Luelmo, o Mauro Olmeda, pseudónimo con el que firmaba sus voluminosos trabajos sobre el origen de la agricultura y teoría marxista. Abogado del Estado y miembro de una conocida familia vallisoletana, pasó sus largos años de estancia en México viviendo modestamente, rallando casi la

2. La denominación como Fondo de Cultura Económica es una equivocación editorial pues el nombre que se pensó debía haber sido el de Fondo de Cultura Ecuménica.

indigencia, una situación que aún se le recuerda en México, pues dedicaba sus esfuerzos económicos a producir, editar y distribuir hasta casa por casa, sus mamotretos marxistas y a propagar sus ideas de alto contenido teórico. Regresado a España, ya en el tardofranquismo, consiguió ser reintegrado como jubilado en el cuerpo de abogados del Estado, sumergiéndose en cuerpo y alma en el Ateneo de Madrid. Yo le proporcioné un curso de marxismo –posiblemente el primero que se impartió durante la vida de Franco en una universidad oficial³– lo que originó algunas anécdotas que no vienen al caso en estos momentos y que le condujo a, según sus palabras, su mayor éxito en la vida. Un dato sobre el que insistiré al final.

Cambiando de tercio, y pasando a otra perspectiva de las ciencias sociales, enfoco la figura de José Medina Echavarría. Inicialmente también catedrático de Filosofía del Derecho pero imbuido por una gran preocupación sociológica, hasta el punto de que personalmente me atrevo a calificarle como el primer español dedicado a la sociología moderna. La gran tragedia española le conduce de letrado de las Cortes a embajador de la República Española en la lejana, cultural y físicamente, Polonia, y de allí a México. En la capital azteca, del mismo modo que Roces trabaja en la UNAM –otro de los muchos españoles– y también en el Fondo de Cultura Económica. Si a Roces se le deben las traducciones de Carlos Marx a Medina las de Max Weber. «Economía y sociedad» parece ser que se tradujo, gracias a Medina, antes al castellano que al francés.

Medina Echavarría transitó por un itinerario diferente al de otros *transterrados*, como prefiere designarlos José Luis Abellán. Primero se radica en México, para pasar más tarde a Puerto Rico, Colombia y, finalmente, a Chile, que se convirtió en su definitivo y último hogar. En Santiago se vinculó con la CEPAL, convirtiéndose en uno de sus principales protagonistas. Desde allí desarrolló una doble labor. Por un lado, la de promotor de los estudios relativos al desarrollo económico y social, en los momentos en que esa preocupación se había convertido en la clave del cambio. Y, por otro, llegar a ser considerado uno de los padres de la sociología latinoamericana. Paternidad reconocida por los partidarios de las dos tendencias sociológicas principales en América Latina: la Teoría de la Dependencia, y la Teoría de la Modernización. Todavía después de más de treinta años de su fallecimiento es mencionado en tierras americanas como «el maestro Medina». Junto al brasileño Florestán Fernandes y el italoargentino Gino Germani, constituye el trío de sociólogos más importantes de América Latina.

3. Quizás hubo otro más o menos por el mismo tiempo impartido por el profesor Sacristán en Barcelona. Y hay que señalar el que dio Tierno Galván en CEISA, aunque esta institución estuvo al margen de la universidad. Incluso fue clausurada por Fraga Iribarne

Por último, en mi parcial y rápida mención de este triste (aunque productivo) fenómeno migratorio, quiero referirme a personas que han desempeñado un significativo papel en el desarrollo de la Antropología social o cultural – no me inclino ahora por ninguna de las dos designaciones: Angel Palerm y Claudio Esteva Fabregat.

Ambos, aunque con personalidades diferentes, compartían algunas identidades: los dos provenían de Cataluña, aunque Palerm originariamente era miembro de una importante familia Ibicenca. Uno y otro se dedicaron a la Antropología, y actuaron, por diversos caminos, como introductores de esta disciplina en España. Ninguno de ellos arribó a tierras americanas de la misma manera que lo hicieron aquellos a los que me he referido anteriormente: con un nivel universitario y científico ya reconocido. Claudio Esteva era un joven obrero de afiliación anarquista, mientras que Angel Palerm, igualmente muy joven, abandonó la carrera de Derecho, en el primer curso, para combatir a la insurrección militar, primero con los anarquistas, y más tarde en las filas comunistas, donde su hermano mayor ocupaba un rango de cierta importancia. Fue ya en México en donde ambos iniciaron su formación en ciencias sociales. La revolución mexicana impulsó una corriente de valorización de lo indígena que propició el estudio de etnografía, etnología y antropología. El carácter social de ese movimiento también creó un caldo de cultivo para que disciplinas como sociología y psicología recibieran una acogida favorable.

Esteva Fabregat, que llegó a formar parte de la selección nacional de football, completó su formación en Estados Unidos con prestigiosos representantes de la psicología y del psicoanálisis –Fromm, Kardiner- así como con otro grupo de exiliados europeos, de la Escuela de Frankfurt, aunque nunca dejó de formar parte de los mexicanos de España o de los españoles de México, como yo los he designado en otras ocasiones.

Angel Palerm se incorporó aún más a la sociedad mexicana. Bastante rápidamente se unió matrimonialmente con una mujer miembro de la colonia española anterior al exilio, a la que conoció como estudiante en la universidad: Carmen Viqueira, originaria de una familia gallega, que ha continuado dirigiendo hasta época muy reciente, en la universidad Iberoamericana, la sección de Antropología Cultural.

Angel Palern fue uno de los pocos españoles que se nacionalizó mexicano y ocupó un puesto en la OEA. Se distinguió por sus estudios de interpretación de la historia mexicana, poniendo énfasis en el agua como factor socio-político, y en el desarrollo de técnicas de investigación orientadas hacia la antropología aplicada.

Ambas disciplinas pasaron en España a casi el olvido, al igual que sucedió con la antropología física, mientras que en tierras americanas contaron con representantes que continuaron, animaron su estudio, y las

hicieron progresar, como sucedió con Juan Comas, que impartió docencia en la UNAM hasta su muerte.

A partir de esta somera relación, mi intención es proceder a una doble consideración. Por un lado, valorar cual ha sido el papel jugado por esta pléyade de intelectuales exiliados y trasladados a América. Por otro, estimar el nivel de acogida dispensado por las instituciones científicas y docentes españolas en el momento en que se produjo su regreso.

En relación al primer aspecto, además de lograr la supervivencia física de quienes se vieron precisados a emigrar, se logró la supervivencia y también el progreso de bastantes parcelas del saber y conocer, por cierto no muy sabidas ni conocidas en la España que a mí y a muchos otros nos tocó vivir parcialmente y a otros, muchos más, sufrirla de por vida.

Además, aconteció otro fenómeno que corresponde a lo que los sociólogos designamos como «consecuencias no previstas de la acción social» o, en lenguaje más coloquial, «salir el tiro por la culata».

Concretamente, el exilio en América Latina, y a la larga también en Estados Unidos – hoy un país con la mayor de sus minorías de cultura hispánica – ha constituido un fermento para vigorizar ese concepto tan ligado a la idea imperial y/o paternalista usada y abusada por una de las dos heladas Españas: el irracionalismo político y la mitomanía característicos del fascismo español, como también (hay que reconocerlo) de manifestaciones más o menos criptofascistas que, bajo muy diversos y contradictorios signos, han emergido en América Latina, entroncan en el concepto de hispanidad que se retroalimenta con el paternalismo romántico, también muy característico de amplios sectores sociales y culturales españoles. Moraleja: la Hispanidad.

«Isabel de Castilla es nuestra y, por serlo, es vuestra también. Madre de América y madre de España, común maternidad determinante de nuestro linaje...De la presencia de la reina Isabel en la cultura y civilización de América se deriva la unidad de nuestros pueblos y su concepto de la Hispanidad, modo especial de ser, de pensar, y de entender no solo la vida material, sino principalmente la vida del espíritu...Rasgo del ser hispánico es la defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad, no por que se hayan descrito en las leyes sociales y políticas, sino porque sabemos con libertad y libre albedrío suficiente para elegir entre nuestra salvación y nuestra condenación, y porque nos sabemos encarnados con el soplo de Dios, con el mismo frágil barro de donde nació todo el género humano».

(Martín Artajo, Ministro de Asuntos Exteriores de Franco, en el acto de inauguración del Instituto de Cultura Hispánica).

Esta fue la versión oficial de la hispanidad, no aceptada en muchos ambientes nacionalistas o progresistas, de lo que, guste o no, sea correcto o incorrecto, se ha denominado América Latina por sus integrantes humanos, que han preferido este término al de Hispanoamérica. ¿Qué es eso de América Latina? Me respondió agresivamente, ya en 1988, el director de un centro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, específicamente dedicado a estudios e investigaciones americanistas. En cualquier caso, no se puede negar la existencia de una realidad de redes derivadas de una lengua común; principios morales, tipos de conductas, afectos o desafectos compartidos o confrontados; una historia temporalmente común, e historias nacionales – léase: frecuentemente desgracias – muy similares⁴ originan que, dentro de grandes diversidades⁵, mantengamos un núcleo esencial de identidades, similitudes, que sí constituyen en su conjunto un corpus que puede ser designado como «hispanidad».⁶

Por encima de todo ello, el contingente migratorio compuesto por los exiliados, una nueva manera de pensar y sentir, de identificarse con los problemas de América Latina y, si hace falta, sufrirlos, se convierte en una realidad específica. Muchos son los ejemplos que pueden ofrecerse, pero uno de los más elocuentes (a mi parecer) es el de los economistas españoles exiliados en México, como Sánchez Sarto, Sacristán Colás, Lagunilla, entre otros, que se ocuparon y preocuparon por la problemática latinoamericana desde la perspectiva de las estructuras y coyunturas de los cambios sociales y económicos de la realidad latinoamericana y de los posicionamientos ideológicos y teóricos no vinculados con la guerra civil española, pero sí a los convulsos años de la década de los cincuenta o la de los sesenta.

Y quizás sea este el momento para realizar una inflexión en la narración y exponer – evidentemente de un modo reducido y con un carácter que no niego subjetivo – no lo que han aportado ese grupo de exiliados a sus países receptores ni al papel desempeñado por ellos en la conservación y progreso del pensamiento científico. Mi deseo es, ahora, explorar el grado de recepción que los supervivientes de ese exilio han logrado en España, y en particular en las instituciones que, como la universidad, les eran más próximas.

Que las instituciones del régimen – eufemismo con el que se autodenominaba el sistema dictatorial – no mostraran el menor interés por reintegrar a los «rojos» resulta lógico. Bastante con que aceptaran permitirles la entrada y que visitaran su país. Algunos de ellos, que ya

4. Se trata de países con historias muy parecidas, susceptibles de ser confundidas.

5. Personalmente considero que los españoles nos encontramos más cerca de colectivos que hablan lenguas diferentes, caso de Italia o Portugal, que con los bolivianos o los guatemaltecos.

6. En EE.UU. se designa a todos los latinoamericanos como hispanos.

eran militares distinguidos antes del 18 de Julio, caso de Rojo o Casado, tuvieron que pasar por juicios militares, condenados, e inmediatamente indultados, y a la vez les fue impedida toda actividad pública, llegando hasta a ser dificultada la asistencia a sus entierros. Algo parecido aconteció con el exiliado interior, Ortega y Gasset: tanto su fallecimiento como su entierro recibieron un sectario tratamiento por los medios de presión política e informativa del gobierno.

La sociedad española se encontraba muy alejada de ese colectivo, y le resultaba desconocido e inquietante. Recordemos que veinticinco o treinta años de propaganda los había convertido en indeseables. Con grandes esfuerzos se pudo aceptar a los dos premios Nobel Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa, ambos llegados de un territorio bajo dominio del aliado norteamericano y que se encontraban vitalmente próximos a la derecha, aunque civilizada.

No está de más recordar que hasta aquellas personas que se declararon próximas a Don Juan fueron anatimizadas y tuvieron que permanecer en un, más o menos, exilio voluntario, en Suiza o Portugal, como le sucedió a Sáinz de Robles, suerte que llegó a tocar al propio Jose M^a Gil Robles, el más importante representante de la derecha civil española.

Sin embargo, lo que ya no tiene justificación es que instituciones como la universidad, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el nada despreciable conjunto de instituciones científicas e intelectuales, si no se cerraron (actitud no desconocida en algunos casos) al menos no se abrieron a quienes representaban la continuación del progreso intelectual deficientemente presente en ellas. Aunque los tentáculos de la dictadura se hacían presentes por doquier, ya en el *tardofranquismo* se gozaba de un cierto nivel de independencia y autonomía en algunas parcelas de la sociedad civil. Lo lógico hubiera sido aceptarles con entusiasmo, y no que se produjera lo que fue una situación de virtual rechazo.

Muy pocos de ellos lograron reinsertarse en la universidad. No gozaron ni tan siquiera de poder desempeñar allí un papel con cierta dignidad y distinción, aunque fuera simplemente simbólica. Una situación que se prolongó hasta después de llegada la transición.

El caso más paradigmático fue el de Medina Echavarría, el maestro Medina aún recordado en numerosos y cualificados ámbitos de América Latina. Su regreso a España pasó casi desapercibido. La universidad prácticamente no le recibió. Su presencia a nivel docente se redujo a una especie de cursillo en el ISDIBER (Instituto de Sociología y Desarrollo de Iberoamérica) un pequeño centro dirigido y creado por un peculiar sociólogo sin relación con la universidad, pero muy interesado por América Latina, sobre la que mantenía unas particulares teorías de cristianismo

autogestionario y comunalista: Manuel Lizcano ⁷ quien, después de pasar por la izquierda radical, se vinculó con los sindicatos verticales ⁸ institución que, junto con el Instituto de Cultura Hispánica, le financió el centro. Las publicaciones de Medina pasaron desapercibidas, y él fue ignorado por los sociólogos españoles hasta que, en época reciente, jóvenes investigadores se han interesado por su figura. Igualmente, y paradójicamente, el Instituto de Cultura Hispánica le editó dos antologías y un libro menor.

Angel Palerm tampoco logró que se le aceptara en ninguna facultad. A lo máximo que llegó fue a pronunciar unas cuantas conferencias. Eso sí, una vez fallecido, se realizó un magnífico libro-homenaje, en el que participó la flor y nata de la antropología, etnología e historia de Cataluña.

Claudio Esteva Fabregat gozó de mejor suerte, aunque sin exageraciones. Pasó por dificultades para instalarse en Madrid, en donde consiguió una vivienda de «sindicatos» ⁹ y algunas clases en la facultad de Filosofía y Letras, en la sección de Historia de América. Más tarde creó una reducida, aunque eficaz, Escuela de Antropología, en locales del Museo de Etnología y con fondos procedentes del Instituto de Cultura Hispánica. Tuvo que realizar la «travesía del desierto» que suponen las oposiciones a cátedra, hasta obtener una de Antropología Cultural, la primera en España, en la Universidad de Barcelona, donde creó un núcleo intelectual en un medio que nunca dejó de serle hostil. En cualquier caso, siempre mantuvo un pie y una mano en tierras americanas ¹⁰.

Francisco Ayala, una de nuestras más insignes y polifacéticas glorias, ha permanecido muy ignorado hasta bien superados los ochenta años. Antes de esa edad, no conozco ninguna cita por profesores españoles de sus trabajos sobre sociología, a pesar de que su *Introducción* es un libro magnífico. Como se esperaba que falleciera de un momento a otro, le llovieron dignidades y homenajes, de los que se produjo una explosión cuando superó los cien años. Parecía como si su mérito consistiera en su longevidad y no en cómo había vivido y lo que había producido.

Me consta, por experiencias personales, que a Julio Luelmo se le recuerda en México, mientras que en España ya nadie piensa en él, ni en el Ateneo de Madrid. Es sintomático que tuviera a gala, como uno de los éxitos de su re inserción, que yo le propiciara un seminario en la cavernícola ¹¹ Escuela Oficial de Sociología de la Universidad Complutense.

Respecto a Wenceslao Roces, ya he mencionado que actuó como si se tratara de un Amadeo de Saboya de la extrema izquierda republicana.

7. Tiene un hijo, profesor, en Madrid, y otro en Toluca, México.

8. Allí coincidió con antiguos sindicalistas.

9. Resulta interesante la afinidad que se crea entre la organización sindical, al fin y al cabo una de las piezas esenciales del sistema franquista, y personas provenientes del campo de los vencidos

10. Se encuentra actualmente en la universidad de Alburquerque.

11. Estaba localizada en los sótanos de la antigua universidad de San Bernardo.

Aunque logró un escaño en su Asturias natal, hogar de la revuelta de la que él había sido uno de los principales promotores, rápidamente dijo «ahí os quedáis» y regresó a México, con sus alumnos y su biblioteca. La magnífica pléyade de juristas e historiadores se ha podido considerar satisfecha cuando alguna de las publicaciones o de las teorías de las que eran autores pasaba, aunque fuera fugazmente, por las aulas de nuestras universidades. Sin embargo, sí es de justicia señalar en este grupo una excepción verdaderamente notable: García Pelayo. No gozó de un cubículo en la universidad, pero sus textos fueron utilizados profusamente. En las primeras Cortes democráticas, cuando Franco y el resto de los españoles habían pasado a mejor vida, fue nombrado senador, precisamente por designación real. No obstante, lo realmente importante fue su designación como Presidente del más alto organismo judicial del Estado Español: el Tribunal Constitucional. Posiblemente sucedió porque en las etapas iniciales de la transición no había quien ocupara ese puesto, y, sobre todo, porque desde aquella altura no daba sombra a nadie.

El caso de Recasens Siches no se aparta de la moda, de acuerdo con el contenido que otorgan a la moda los estadísticos. Volvió a su país cuando tuvo ocasión, pronunció una buena cantidad de conferencias, aunque muchas de ellas en lugares secundarios o marginales. Y si te he visto, no me acuerdo. Casualidad o curiosidad, yo le conocí en un despacho de la Organización Sindical. También conectó con el Instituto de Cultura Hispánica. Acabó regresando a México.

A este respecto, cabe señalar el protagonismo de una persona que, aún en la actualidad, goza de un alto prestigio social y académico. Me refiero a Juan Velarde Fuentes, catedrático de economía, y más tarde, ya en época reciente, presidente del Tribunal de Cuentas. El profesor Velarde fue inicialmente conocido como destacado integrante del grupo llamado «economistas azules» o «economistas del Arriba», designaciones relacionadas con el color y el órgano de prensa falangistas. Una etapa de su vida a la que nunca ha renunciado. Sin embargo, siempre se le han conocido dos características: ha arropado a estudiantes levantiscos y rebeldes, en el caso de que fueran académicamente distinguidos. Otra fue la de acoger y ayudar a los visitantes procedentes de la diáspora del exilio, al igual que a sus ideas y a sus obras.

A los sociólogos nos corresponde no solo describir el cómo, sino también explicar el porqué. En esta intervención no me resulta posible más que acercarme a establecer algunas hipótesis y esbozar unas simples ideas.

Estimo que el déficit cultural y educativo español, originado entre otras causas por la sangría intelectual del exilio, condujo a que se instalara una mediocridad de apreciables dimensiones. Una mediocridad que,

como sucede en las situaciones de inferioridad, genera agresividad contra aquellos cuerpos extraños que aparecen en su mismo medio. En la época a la que me refiero, ya superada la mitad de la dictadura, habían aparecido generaciones sin relación directa o próxima con la guerra civil. Por otro lado, nos encontrábamos en un proceso de circulación de las élites. Se trataba de grupos emergentes mediocres –técnicamente hablando– sometidos a un intenso cambio socio-económico, el más intenso, cualitativa y cuantitativamente, de la sociedad española. Aunque las oportunidades aumentaban para la juventud, y para los grupos emergentes en general, se requería de un proceso de ajuste que exigía cualificaciones para las que no se contaba con medios suficientes. Todo ello exigía someterse a confrontaciones constantes, y a una competición para la que no estábamos preparados ni técnica ni psicológicamente. Nuestra historia había discurrido por derroteros diferentes a los de los países avanzados.

Una situación que se incrementaba por el tránsito hacia la modernización, y su inmersión en un modelo capitalista que, por las mismas causas históricas, solo habíamos conocido epidérmicamente.

Además, el hombre económico implicaba al hombre y a la mujer, género que ya ocupaba, crecientemente, roles y estatus antes reservados a los varones; ergo, más competición. Se trataba de un entorno competidor en el que había dos tipos de competidores, los conocidos y los externos, y, además, desconocidos. Contra los primeros podíamos defendernos mejor por ser nuestros pares, pero contra los segundos la situación se hacía más difícil. En ese segundo grupo surgen los exilados, podían ser maestros e incluso necesarios, pero de hecho se convertían en oponentes con los que no se había contado. Una indeseable epidemia contra la que no disponíamos de defensas adecuadas. Así, posiblemente de un modo inconsciente, les cerramos las puertas, principalmente, nos guste o no reconocerlo, las de la universidad.